

# Melódico silencio



*Gaste*  
**HITZAK 2015**

**Zoe Cervera Rivera**





## CONCURSO DE CUENTOS Y RELATOS BREVES

PARA JÓVENES de 14 a 25 AÑOS

### PRÓLOGO

---

Un certamen literario debería ser, sobre todo, un momento para celebrar que el mundo todavía resulta reductible a parámetros humanos.

Festejar que aún podemos contemplarlo, admirarlo, traducirlo a signos comprensibles; que todavía no nos hemos convertido del todo en consumidores zombis del supermercado global.

Celebrar que todavía hay jóvenes, como Zoe y Oier, capaces de pararse a pensar, de tomarse el tiempo necesario para contemplar el mundo como una maravilla: algo digno de ser admirado, temido, odiado, pensado, escrito... y no sólo consumido.

Por ello, y por sus estupendos relatos, mi más sincera enhorabuena.

Juan Ibarrondo

---

# *Melódico silencio*

Edita: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz. Año 2016

Diseño y maquetación: Sinbait creaciones

Imprenta: Gráficas Ulzama



**Zoe Cervera Rivera, 15 años**



Con la mirada perdida en el mar escuché todo lo que ella me tenía que decir. Puede que en parte aún me culpe por haber ignorado aquellas palabras, quizá en su momento no tenía idea de lo importante que resultaba aquel tema para María, el caso es que apenas presté atención.

—Es que joder, no sé qué hacer. Estoy desesperada...—repetía de vez en cuando, tratando de que yo le aconsejase.

Pasamos horas en aquel lugar, hablando de ello, aunque no sé en realidad ni por qué pluralizo, ya que sólo hablaba ella. Necesitaba desahogarse e, insensible de mí, apenas la miraba. Una de sus manías siempre fue que, al encontrarse en la línea que separa la fortaleza del no poder evitar llorar, echaba su flequillo a un lado, y creo que es innecesario decir que en aquella ocasión lo hizo numerosas veces.

Suspiré y me giré mirándola con dureza.

—Siéntate. —le pedí.

María bajó la mirada y prácticamente se lanzó sobre la húmeda arena.

—Mira el mar un momento, ¿ves acaso que le importen los problemas ajenos?

—¿A qué viene esto? —musitó casi en un susurro.

Mi insensibilidad volvió a la carga en contra de la pequeña indefensa y escupí unas palabras de las que aún me arrepiento:

—En ocasiones me siento como el mar.

No volvimos a decir nada, ni al momento, ni al irnos más tarde, ni semanas después.

Algunos conocidos me contaron que los problemas que ella tenía se habían agravado, que se sumió en una depresión y que hacía tiempo no quería saber nada de nadie.

¿Me importó acaso? No.

A estas alturas de la historia os habréis percatado de que no explico qué clase de problemas tenía mi querida e inocente María, pero todo tiene su razón de ser, en su momento no me importaron y actualmente mi memoria los ignora.

Hasta meses después no se me pasó por la cabeza la idea de disculparme, pero necesitaba volver a verla. Habíamos pasado tantos años juntas, que no soportaba la idea de perderla por mi estúpido orgullo.

Me costó convencerla de que volviésemos a quedar en *nuestras rocas*, el lugar en el que empecé esta historia, pero finalmente lo logré. Decenas de consuelos gastados y disculpas baratas me costó, pero accedí perdonarme.

Fue así, una tarde insípida la de aquel Septiembre frente al mar, de nuevo juntas, de nuevo frete al inmenso océano, de nuevo. Ella me contó entonces más problemas que el destino le había interpuesto y volví a perderme en la infinitud del mar. Apenas recuerdo qué me comentó, aunque hubo un tema, un detalle prácticamente, que puede que no olvide jamás.

—Ah, he comenzado a tocar el violín. —reveló sonriendo.

—¿El violín? —Contesté algo escéptica y mezquina —Eso tengo que verlo.

Su rostro se volvió serio al instante y pasados unos minutos, rió sarcástica.

—¿Acaso no me crees? Mañana si te hace, quedamos aquí y lo traigo. Vas a flipar.

Sonreí al horizonte, y le di un cariñoso empujón. Media hora más tarde volvimos a casa, ella con malicia en su mirar, y yo con ganas de reírme al verla tocar.

Qué repulsiva llegué a ser en el pasado.

A la mañana siguiente ella me llamó, apenas eran las diez.

—Tenemos que quedar ya. Me ha surgido algo muy importante, quizá no podamos vernos en un tiempo. Te espero en veinte minutos allí, no faltes.

No logré articular palabra antes de que colgase con brusquedad.

Me vestí con desgana y desayuné por el camino. Tardé apenas quince minutos andando a paso calmado hasta pisar la frontera que separaba tierra y mar. A unos veinte metros divisé la silueta que se movía nerviosamente de mi amiga, la cual al verme se lanzó a mis brazos violín en mano.

—Mira, no tengo tiempo de explicaciones, tan solo....tan solo escucha.

Una melodía dulce salió entonces del instrumento. Bueno, al menos eso en un inicio, dado que la composición armoniosa que tendría el placer de percibir segundos después, apenas parecía real.

Tan sólo llegar a mis oídos tal sinfonía, miles recuerdos golpearon con rudeza mi mente. Como dije, el empiece fue dulce, casi me atrevería a decir que tierno e inocente, memorándome los momentos más destacables de mi infancia. No tardó pues en cambiar completamente el canto de aquellas cuerdas que invadía, cuerpo, mente y alma.



Notas menores pusieron banda sonora a la estrofa que me recordó los momentos más dolorosos de toda mi vida. La pérdida de ciertos seres, la soledad, el no saber quién era, todo lo que tardaría meses en describir textualmente, sentía que estaba plasmado en aquel pentagrama que ella parecía llevar en la mismísima sangre.

El último tramo de aquel viaje a través de mi ser es a día de hoy aún...indescribible. Aunque el violín no dejó de sonar, yo no percibía ninguna nota, escuchaba aquella composición sin sentir nada y, de hecho, quizá sea así como deba mencionar aquel sonido, la nada.

María lanzó el violín sobre la arena con agresividad y me tomó por los hombros.

—¿Qué opinas...? —vociferó notablemente alterada y casi diría que disgustada.

—Ha sido...dios, increíble. ¿Cuál es?

—No lo sé... —susurró —ayer decidí improvisar y salió esto. Es como si supiese qué debía de tocar en cada momento. El tema es que...joder, no puedo volver a tocarla.

—¿Qué estás diciendo? Es una puta pasada, tienes que ponerle un título ya y grabarte o algo tocándola, seguro que se da a conocer enseguida.

—No lo entiendes —concluyó, y sin tomar de vuelta el violín corrió hacia su casa.



Mi desconcierto del día siguiente fue casi tan inmenso como el dolor que me recorrió al saber que María jamás regresó. Las autoridades buscaron por todos los alrededores, inútilmente. Callejuelas, afueras e, incluso, nuestro preciado lugar fueron profanados con el fin de que ella reapareciese.

El violín que ella abandonó a su suerte sobre nuestra playa aquel aciago fin de semana descansaba bajo mi mochila, junto a mi vaga esperanza de que volviese, pero no fue así.

Pasaron semanas, quién sabe, probablemente hasta meses, hasta que decidí coger aquel instrumento. Era la primera vez que tocaba un violín, lo juro hasta por las mismísimas cuerdas de aquel ser del diablo, pero la melodía que ella tocó por última vez, fue recreada por unas manos que yo no era capaz de controlar.

No era yo quien daba lugar a aquella música, no era yo quien manejaba mis manos, no era yo si quiera la que sabía tocar el violín. Por ello a día de hoy aún me pregunto en ocasiones, ¿quién fue?

Quando iba por la mitad de la sintonía rememoré los momentos en los que había pensado en la misma. Tras la desaparición de María, había noches en las que soñaba con que ella volvía a tomar el violín, volvíamos a encontrarnos en la playa, yo volvía a mirar al mar pero esta vez, la escuchaba.

Jamás olvidaré lo que ella me decía en sueños, apenas dos palabras que vacían mi alma al pronunciar y con las que nombré a la canción que ella compuso, "*Melódico silencio*"

Finalmente, acabé con aquel suplicio. No por voluntad propia, he de admitir, aquel arma me tuvo en vilo hasta que acabó con cada uno de sus pentagramas.

Recuerdo que lancé el violín contra el suelo, sus piezas se destrozaron contra el mismo y no quedó nada de él excepto astillas que años más tarde seguirían clavadas en el fondo de mi ser.

La melodía no cesó. Te habrás quedado desconcertado querido lector, lo sé, y créeme que lo entiendo, mas es así, la sintonía seguía resonando en mi cabeza.

No la canción entera, de ser así creo que hubiese sido hasta más llevadero, tan sólo era el último tramo, aquel que denominé “la nada”. Y qué sensación traía consigo, la peor de todos osaré decir, la sensación de no pertenecer a nada. De vacío.

Desde aquel día la oigo, una sintonía con la que he aprendido a convivir. Sé que no hay manera de pararla, que puede que me siga hasta el mismísimo momento en el que mi cuerpo se funda con la tierra a mi alrededor, lo sé.

En ocasiones su tono me recuerda al que tenía la voz de María, es como si nunca se hubiese ido, como si la sintiese junto a mí. Taladrando mi cabeza con sus problemas, sacando a la luz lo peor de mí, junto a mí en todo momento, sí, sin duda ella sigue ahí.

Aún recuerdo con cierto desdén cuando adoraba decir “la música es vida”, porque actualmente para mí y para el melódico silencio, también puede ser muerte.





